3 1761 08695422 9

UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/elretratodecerva00pida

EL RETRATO

DE

CERVANTES

CONFERENCIA

LEÍDA POR

DON ALEJANDRO PIDAL Y MON

EN LA ASOCIACIÓN DE LA PRENSA
EL 15 DE ENERO DE 1912

NUEVA EDICIÓN

PUBLICADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MADRID
TIPOGRAFÍAS DE PRUDENCIO P. DE VELASCO
Campomanes, 4 y Trav.ª de Trujillos, 2.
1912

Preservation copy from archives.

Jiz Marqués de Camarasa. La autenticidad del Jauregui de la R.A. Ms. 1912. 27 pp.
Northup. Scribner, April, 1912. Lit Digest etc.
Sentenach. Bibliog. XXV, 13+

—

Sentenach fu authenticity vs Pujol. BNBM., 15, julio-ag., 51+. RABM. 1916 Enero-25+

Pujol. (?) El supuesto retrato de C, sospechas de falsedad... Madrid 1915 12 pgs.

22.221. **Sentenach** (Narciso). El retrato de Cervantes; carta abierta. Madrid, 1915; en 4.°, 12 págs..... 1

22.222. — El retrato de Cervantes; carta segunda. Madrid, 1916; en 4.°, 16 páginas..... 1

Rivero, Atanasio. El secreto de C... Semblanza de su autor. Juicio de Ruiz Contreras, Teresa... Pujol, R. Madrid... Rum. 1916. 3 tes.
Pujols long study - says is forgery - R.C. Hispa. Am. III/n.2 = hp. 137 Rb.

LS
C419
.Ypid

3

EL RETRATO

DE

CERVANTES

CONFERENCIA

LEÍDA POR

DON ALEJANDRO PIDAL Y MON

EN LA ASOCIACIÓN DE LA PRENSA
EL 15 DE ENERO DE 1912

NUEVA EDICIÓN
PUBLICADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

545394
2.7.52

MADRID
TIPOGRAFÍAS DE PRUDENCIO P. DE VELASCO
Campomanes, 4 y Trav.ª de Trujillos, 2.
1912

¡Admiremos, señores, la sabiduría de la providencia de Dios! Otra vez más, por inesperados caminos, corona con su diestra invisible, a la hora más impensada, los esfuerzos de la humanidad, cuando trabajada por irresistibles anhelos en busca afanosa de su fin, se rinde al cabo desalentada, refugiándose en forzosa y forzada resignación, a falta de los brazos palpitantes de vida de la realidad, en los fantásticos y quiméricos de la apariencia, sustituyendo ante sus ojos cerrados, por voluntaria y artificiosa convención, el testimonio irrecusable de la verdad, con los amañados e ilusorios prestigios de la Fábula.

Todos sabéis, y no he menester de impertinentes y detalladas citas para recordároslo, la inmensa, unánime, creciente y universal popularidad del *Quijote,* desde el primer instante de su aparición en la escena, sin distinción de climas ni de gentes, de religiones ni de sectas, de escuelas ni de sistemas, de gustos ni de modas, de tempe-

ramentos ni de clases, de edades ni de sexos, ni de ninguna otra distinción posible que amengüe la total unanimidad con que se le celebra y consagra a la inmortal admiración de todo el Universo civilizado.

El odio y la envidia extranjeros, acarreados por la victoria de nuestras armas, el predominio de nuestras letras y la extensión gigante de nuestro poderío mundial, se detuvieron sumisos ante el cetro de oro triunfante de la majestad de ese libro; y los detractores eternos de la religión, de la vida y de toda la civilización que informan y realzan los resplandores de la idea, de la creencia, de la filosofía y hasta del estilo de esa obra, se olvidaban absortos de sus sistemáticos prejuicios; y como fascinados por el encanto superior de una fuerza desconocida deponían su saña contra los sagrados y transcendentales objetos de su eterna animadversión, para aclamar con estrépito al hijo legítimo de tales padres, que se les aparecía radiante, envuelto en los esplendores de luz de una juventud inmarcesible. En una palabra; hasta los que nos negaban sistemáticamente todo linaje de participación en la obra de la civilización y del progreso, común a toda la humanidad, se apresuraban a reconocernos un libro, pero un libro que valía por todos los demás, y la carcajada universal e incesante que acompañaba la lectura de cada página de ese libro, era el testimonio irrecusable y perenne de su mérito excepcional sobre toda manera inefable. Al oirla, casi se podía decir, sin escándalo, sacrilegio ni ponderación, que la Biblia festiva de la humanidad había hecho su aparición en el mundo.

Pero esta Biblia había tenido su Moisés, como la *Iliada* había tenido su Homero, como la *Suma* había tenido

su Santo Tomás y como la *Divina Comedia* había tenido su *Dante*, y aunque la humanidad conocía el retrato moral de su autor en los rasgos inconfundibles de su carácter, de su ingenio y de su vida, impresos indestructiblemente en sus obras saturadas de aquel espíritu genial, condensación iluminada y luminosa de toda el alma nacional de su raza, de su Patria y su gente, la humanidad desconocía su retrato físico y corporal, los rasgos vivos salientes de su fisonomía y de su gesto, inmortalizados sí, es verdad, con la pluma, como a la pluma le es dado retratar, reververando trazos en la imaginación al dictado de la inteligencia, pero vulgarizados, degenerados y hasta envilecidos si cabe, por decirlo así, en una tentativa criminal de retrato, si tentativa hubo siquiera y no fué todo, como acabamos de indicar, candoroso anhelo de amante desesperado de obtener la verdad, que se abraza para calmar su desesperación con las lejanas apariencias y accidentales verosimilitudes de la mentira.

El mundo entero quiso aceptar la ficción ¡tal era la necesidad que tenía de llenar aquel vacío de su alma! pero la aceptaba de oficio como un padre acepta un hijo supuesto, por imperioso reconocimiento de la ley, pero con la muda protesta del corazón de la madre. Aquello no era ni podía ser el autor del inmortal Don Quijote, ni de Sancho el inolvidable, ni de Maritornes siquiera. Aquello no podía ni debía ser el cautivo heroico de Argel, ni el manco sublime de Lepanto. En aquella frente no había ardido jamás la llama esplendorosa del genio con sus celestes resplandores, ni las líneas vulgares de aquel semblante habían sido iluminadas nunca, tampoco con los fulgores del Sol del Tabor naval, ni habían sido nubladas con el

reflejo sombrío de las hondas tristezas del infortunio cuando intentan turbar con su espiritual lobreguez la luminosa serenidad de las almas grandes.

En vano, en vano el buril y el cincel, el pincel, el lápiz y la pluma, esparcían a todos los vientos de la publicidad reproducciones incesantes de la mentira; la verdad goza sus fueros inmortales, y como la inteligencia está hecha para la verdad y la verdad para la inteligencia, en vano la impostura se amaña, se desfigura y se impone; su tiranía es efímera por necesidad; la protesta sorda y callada cuando menos, interrumpe la prescripción; y el día en que se presenta el derecho y aparece la legitimidad... ¡Ah! aquel día no es necesario ningún pleito. La verdad ostentada en su radiante desnudez es un torrente irresistible de luz. Se reconoce por aclamación y se promulga por evidencia.

Pues bien; esto es lo que está pasando hoy aquí, a la vista y con el asombro de todos.

Un día, cuando ya nadie soñaba, no digo ya con encontrar, sino ni con buscar siquiera el retrato perdido del gran Cervantes, un artista español, un orfebre, casi un artístico artesano, como quien dice un obrero, se le ocurre limpiar una tabla española en que se adivinan, más que se ven, los rasgos característicos del retrato de un hidalgo español. Aquella tabla, confundida y como perdida entre un sin fin de cuadros y de retratos antiguos, hacinados más que colgados en la numerosa y abigarrada colección de un extravagante aficionado a vejeces que en su monomanía adquisitiva de coleccionista insaciable recogía a bulto y montón todo cuanto tropezaba en sus viajes a pie por todo el reino, y principalmente por Sevilla, había es-

tado a punto de perecer y como condenada a morir al fuego lento de una estufa para ahuyentar el frío de un taller. La salvó la casualidad, que es como llamamos a la Providencia cuando se presenta de incógnito. El pintor orfebre que la tenía quiso ver claro el rostro del personaje, y el alcohol y el aguarrás cayeron sobre el rancio y amarillento barniz y sobre la espesa capa de la envejecida porquería que velaban casi por completo el retrato, y pronto a los ojos del operador apareció distinto el noble rostro que aquí veis y los dos fulgurantes letreros que estáis leyendo.

El artista, víctima inocente, como casi todos, de la mentira oficial, no cayó en la cuenta de la importancia del descubrimiento. Para él, Cervantes era el del retrato oficial, el del retrato convencional, el del retrato corriente, y, por lo tanto, la tabla no podía ser otra cosa que una variante vulgar, poco afortunada tal vez, que no merecía los honores de la ostentación ni siquiera los del inquirimiento. Pero al fin estaba *firmada* por *Jaurigui,* y aunque a sus oídos de artista no había llegado nunca a sonar ese nombre como apellido de pintor y la muestra no le parecía un prodigio, le picó la curiosidad y se propuso indagar quién era el firmante desconocido. Y eso le puso en relación, mediante un encuentro casual, con el erudito y laborioso crítico arqueológico, archivero, bibliotecario y académico, D. Narciso de Sentenach, quien como experto conocedor de los antecedentes literarios del retrato perdido del gran Cervantes, abrió los ojos del alma al escuchar el nombre de *Jaurigui* y oir detallar el hallazgo, obteniendo una fotografía, primero, y oferta de ver la ausente tabla, después; y en medio hubo de comunicar

sus sospechas al ilustre y popular literato y renombrado académico D. Francisco Rodríguez Marín, el cual, en cuanto escuchó el olvidado nombre de *Jaurigui* en vez de *Jauregui*, que es como hubo de llamarse el pintor antes de ser conocido por la traducción del *Aminta*, sintió estremecerse todas las fibras del corazón sacudido, y cuando llegó a contemplar el retrato en la fotografía obtenida, y comunicada por Sentenach, la sospecha se trocó a sus ojos en evidencia, y rindiendo gracias a Dios por haberse compadecido de las ansias de los mortales, haciendo de pronto reaparecer el perdido retrato a que hace alusión Cervantes en el prólogo de sus Ejemplares Novelas, rompiendo cinchas, como quien dice, se precipitó en la Academia, por nombre Real Española, y convocó en el despacho del Director al Sr. Catalina, secretario inteligente y celoso de la docta Corporación; al Sr. Cotarelo, autoridad reconocida por su inmensa erudición literaria y señaladamente cervantina; al Marqués de Pidal y a don Jacinto Octavio Picón, presidente y vocal, respectivamente, de la Junta de *Iconografía Española* y antiguos cultivadores de las letras y de las artes, y al que ahora os dirige la palabra, por su título de Director, y allí les comunicó la noticia de sus fundadas sospechas, de sus secretas alegrías y de sus apremiantes temores, enseñándoles la fotografía del interesante retrato.

Aunque la fotografía no era ni mucho menos perfecta, el efecto fué colosal, profundo y sentido en todos y en todos igualmente favorable, apesar de la desconfianza natural e ingénita en todos en general y más particularmente en algunos, muy al tanto y al pormenor de todos los procedimientos al uso en el arte de envejecer los más fla-

mantes productos de la fabricación industrial en la chamarilería corriente.

En su vista, y en consideración de todo lo que llevamos expuesto, el Sr. Catalina propuso en acertada y decidida improvisación que, sin esperar la sesión inmediata de la Academia, el Presidente de la misma pusiese en juego todos sus medios de acción, para que sin perder un instante en que se pudiera malograr la ocasión que al parecer se nos presentaba propicia, el retrato pasara a ser propiedad absoluta de la Academia sin reparar en gastos y trabajos, dejando para después el estudio de su histórica identidad, pues aunque sólo fuese la tabla un *dato más* en la historia de la *busqueda* del retrato del gran ingenio español, era indispensable para la honra de la Academia y para el honor de la Nación que constase viva y presente en sus ámbitos y no se fuera a perder en el mar sin orillas del extranjero, para que según la envejecida costumbre la fuese a descubrir allí algún *sabio* de extraña tierra con vilipendio y escarnio de la degenerada nación que la había desconocido después de haberla engendrado en su seno.

Y como esta proposición fuese aprobada por todos, el que esto escribe, alzándose con toda la responsabilidad de adelantarse a la otorgación de poderes, que no había de negarle la Academia, se lanzó sin perder tiempo a la palestra para asegurar la posesión de la joya en los dominios españoles, evitando una vergüenza más a la Patria y conquistando una gloria insigne a la Nación si al fin resultaba auténtico el retrato; y después de una breve gestión diplomática con el Sr. Sentenach, que a pesar de sus naturales reservas sobre el paradero de la tabla y su dueño, se puso generosamente a disposición de la Academia; des-

pués de hábiles y complicadas maniobras; y de impacientes esperas, para que la tabla llegase sin tropiezo a Madrid; después de diversas estratagemas para verla y para adquirirla, de acuerdo con el Sr. Sentenach, llegó la ocasión de contemplarla, y a pesar de mi predisposición inveterada en casos tales a la sospecha, y de mi antemano decretada serenidad indiferente, caí rendido a sus plantas ante el esplendor irresistible de la luz radiante de la verdad.

Era en el taller solitario de la *Fototipia de Hauser* donde se verificó, por sorpresa, la codiciada entrevista, y nunca jamás olvidaré las emociones de mi espíritu en los momentos solemnes de aquella nebulosa mañana en que sentía gravitar sobre mi palabra y mi acción el peso tremendo de una responsabilidad que podía ser histórica para mi nombre si me dejaba seducir por el encanto de la ilusión o me dejaba amedrentar por el pavor del ridículo que se me enseñaba detrás de una falsificación inteligente con los aires gozosos de un entusiasmo infantil y de una ligera precipitación sin racional fundamento.

Porque llevar sobre débiles hombros la grave carga de la representación de una institución venerable que encierra en su Historia contemporánea casi todas las glorias de la literatura nacional desde Rivas, Lista y Bretón, desde Balmes y Valdegamas hasta Tamayo y Zorrilla, hasta Cánovas y Castelar y Fray Zeferino González, sin contar las de más atrás, como el insigne Jovellanos, y esto en el instante crítico y verdaderamente supremo de conquistar o perder para el dominio de la Patria nada menos que la imagen fiel, auténtica y tradicional, y por desgracia perdida, del Genio insuperable, español,

asombro y envidia de los humanos, personificación y honra de nuestras letras y augusto y acatado Monarca de nuestra Lengua Nacional, la lengua de nuestras gestas, de nuestros códigos y nuestras crónicas, y de nuestro teatro nacional y de nuestro popular romancero; la lengua con que hablaban con Dios los angélicos místicos españoles y con los reyes vencidos nuestro invencible Emperador; la lengua que hoy hablan cincuenta millones de hijos de España, españoles y americanos, sentados en todas las orillas del mar que baña con sus ondas dos Mundos, ¡ah! os lo confieso, era tremendo para mí, colocado ante el dilema del escarnio por un engaño, siempre por engaño ridículo, o de la torpeza irremediable de malograr la ocasión de fijar para siempre en España, bajo el dosel blasonado con los colores de la Patria, la imagen viva, fiel, del nobilísimo semblante del gran ingenio español, inspirado autor del *Quijote*, regocijo de la Humanidad y gloria inmarcesible de España. ¡Ah! señores, ahora que lo contemplo entre nosotros seguro, ahora que he visto desfilar a críticos, a expertos, a pintores, a las autoridades más altas y más legítimas y de más nombre en las letras y en las artes españolas saludándolo con honor y celebrando como una gloria su felicísima conquista, ahora me siento tranquilo yo, pero calculad cuál estaría si todos se hubieran reído de mí y por mi causa de la Academia, que lleva el nombre de la Nación, o si lo que hubiera sido más terrible, lo hubiera dejado escapar y se hubiera visto vender a algún comerciante extranjero y lo hubiéramos visto exponer, con envidia y rabia reconcentradas, más tarde, en la sala de algún Museo francés como tantas y tantas joyas neciamente desdeñadas aquí y admiradas

con tristeza luego después por nosotros en las Exposiciones más afamadas del Mundo.

Por eso vosotros, que conocéis y que sin duda alguna sentís los términos verdaderamente temibles de este pavoroso dilema, de seguro compadecéis las ansias y las zozobras del tormento verdaderamente cruel de aquellas horas que pasé yo encerrado en el taller de la fototipia de Hauser, frente a frente con el Sr. Albiol, dueño y señor del retrato, y la tabla colocada en el caballete, ofreciéndose nuda a las caricias de la luz, para darse en toda su virginal integridad a la escandalosa visión de todas las publicidades futuras que iban a inmortalizar con la divulgación popular los rasgos hasta aquel instante secretos del adorado ingenio español, fijados y asegurados ya para siempre por obra soberana del sol en el seno misterioso y fecundo de las tinieblas preñadas de resplandores, de la cámara oscura.

El diálogo era en verdad singular. Como mi presencia inesperada en el solitario taller a modo de aparición, tenía algo, por lo llovida del cielo, de las apariencias del *atraco*, no cabía otro recurso para calmar la alarma que se transparentaba en la mal disimulada sorpresa del rostro del Sr. Albiol, que desembozarme con la más arrolladora sinceridad para desterrar toda sospecha de *encerrona*, y la lucha entre el recelo y la franqueza fué por demás interesante y curiosa.

Yo, ensalzando a todo ensalzar el valor del descubrimiento, mi impaciencia vivísima porque se fijase en España, y dentro de España en la Academia, mi temor de que pudiese ir a parar al extranjero, y el inestimable precio de la tabla, y el Sr. Albiol rebajando el mérito artís-

tico del retrato, y, por lo tanto, su valor material, considerada como obra exclusivamente de arte, apreciando en poco y con todo desinterés su mérito, por decirlo así literario, asegurando que no lo vendería jamás por ningún precio al extranjero, pero... sin dejarse tentar ni mucho menos coger por las seductoras ofertas de la serpiente. La lucha fué verdaderamente tenaz. Cuanto más me esforzaba yo por hacer alarde de mi juego, metiéndole por los ojos todas mis cartas para que se evidenciase mejor la sinceridad de mi inocencia, más y más se parapetaba el Sr. Albiol tras el enigma del escaso valor del retrato, de que su valor, exclusivamente literario, no debía cotizarse altamente, y de que él no lo pensaba vender, sino legarlo a algún Museo Nacional, y aunque yo insistía enseñándole casi el dinero y señalándole el salón regio de la Academia Española como templo, como trono y como altar del retrato, el Sr. Albiol se recogía en su silencio como se acoge a su agujero la anguila que no quiere dejarse pescar. Cuando terminada la operación dejé al Sr. Albiol con su tabla en los umbrales de la puerta de su domicilio, sin poder haberle arrancado la propiedad de la tabla en buena lid, lo confieso, ¡la separación fué cruel! No sé por qué se me figuró que ya no iba a ver más el retrato. Sombras chinescas de comisionistas extranjeros me parecían moverse en la oscuridad de la escalera. La casa de huéspedes donde penetró el Sr. Albiol con el retrato en la mano, tomó a mis ojos el aspecto y las proporciones de un antro, en cuya puerta me pareció leer la sentencia aterradora del Dante:

"¡Lasciate ogni speranza!"

Pero la esperanza esta vez había anclado sobre una

roca: el hidalgo carácter, noble, desinteresado, español, del descubridor y dueño del retrato.

El Sr. Albiol, desdeñando las perspectivas de ventajosas ventas en el extranjero, que había desplegado yo ante sus ojos para captar su confianza en mi ingenuidad, me había dejado entrever como probable, en lejanías de horizontes de oro sobre cielo azul, la donación gratuita de la tabla a la Real Academia Española; tabla que no quería vender ni a la Academia siquiera; que su intento era disfrutar y legarla a su muerte al Museo regional de su tierra; pero que en vista de mis razones sobre los derechos eminentes de la Real Academia Española, donde estaría el retrato como en su propio pedestal, en el templo en que se rinde culto oficial y solemne a la lengua en representación de la Patria, pensaba consultar a un amigo, que, era, según le supe sonsacar, el sabio Académico científico y literario D. Daniel Cortázar, a cuya casa me dirigí sobre la marcha en cuanto, como he dicho, me separé del Sr. Albiol sin haber logrado la venta, que era lo que me aseguraba el retrato, que yo temía perder ante las brillantes ofertas que no dudaba que se le harían en cuanto se divulgara el suceso por todo el orbe oficial de la grey de los chamarileros.

No he de cansaros, señores, relatando aquí el eficacísimo auxilio que me prestó el insigne Académico amigo y consejero íntimo del Sr. Albiol, ignorante hasta el instante en que yo le hablé de la existencia del retrato, ¡tan poca importancia había dado al hallazgo su poseedor!; ni las amplias y generosas ofertas del Presidente del Consejo de Ministros, D. José Canalejas, cuando reclamé sus oficiales auxilios para ayudarme a conquistar el retrato; ni

los espontáneos y eficaces ofrecimientos del Sr. Gimeno, Ministro de Instrucción pública, en cuanto le di la noticia del caso; ni la pronta y decidida cooperación del Ministro de Estado, Sr. García Prieto, a todo deseo de la Academia para demostrar su gratitud al desinteresado donador de la tabla; pero sí haré constar, una vez más para siempre, lo que importa, no sólo para la gloria del señor Albiol, sino para apartar toda sombra de sospecha y de duda sobre interés en la falsificación del retrato: que si el Sr. Albiol rechazó generosamente mis ventajosas proposiciones pecuniarias en nombre de la Real Academia; si se manifestó siempre decidido a no vender el retrato ni en el extranjero ni en España; si quiso, convencido por mis instancias, regalárselo a la Academia, previo el consejo y la consulta del Sr. Cortázar; una vez en nuestro poder el retrato, se negó en redondo a aceptar ninguna clase de precio, regalo ni compensación pecuniaria, aceptando sólo por toda muestra de nacional gratitud, no una cátedra de Real orden, sino que acabase de salir a oposición una que ya se había dispuesto que saliera, pero que no acababa de salir por no sé qué entorpecimiento o detalle que la tenía enredada en los tradicionales balduques del expedienteo oficial.

Esa ha sido toda su recompensa: un empujón en el sueño de un expediente, una arena, abierta al aire y a la luz y una ocasión de conquistar una corona de laurel a campo libre, en lid campal, todo en reconocimiento de un retrato que hubiera valido una fortuna en una sala de ventas de París, pujado por un millonario de Nueva York.

La Providencia, que tan a deshora nos ha regalado el que ya considerábamos irremisiblemente perdido retrato

original de Cervantes, ha querido, para mayor prueba de su clara autenticidad, que no lo adquiriéramos por oro, sellándolo con el sello inmaculado del más noble desinterés; como si hubiera dispuesto que para devolver a la humanidad el retrato del autor insigne del *Quijote* fuera menester un acto de *quijotismo*, que no sé si sabrán comprender jamás los Sancho Panzas del positivismo y del escepticismo reinantes.

Pero, paso, señor, estoy ya oyendo decir á alguno: todo eso me parece muy bien en el caso probado de que el retrato sea el retrato auténtico de Cervantes, pintado y conservado por *Jaurigui*, según el propio autor del *Quijote* en el prólogo de sus Novelas; pero, ¿no podría ser una hábil falsificación de esas que tan a menudo se hacen para realizar pingües ganancias a costa de los crédulos magnates aficionados a tales cosas?

A esto, después de todo lo dicho, sólo tenemos que responder que tales falsificaciones, además de que los expertos las conocen con harta facilidad, y por esta tabla han pasado los ojos de nuestros más afamados críticos, tanto arqueológicos como técnicos en las artes de la Pintura, sólo pueden tener por objeto realizar ganancias considerables por su venta, y esta tabla no ha sido propuesta a nadie jamás para su compra o su cambio, pues su existencia hubiera constado con seguridad como verdadera o como apócrifa cuando tanto se buscaba por todos el retrato perdido de Cervantes para la edición de la Academia, y como es notorio que se buscó cuando se adquirió el que hoy existe colgado en el despacho del Director, al lado del de Gonzalo de Córdova. Y si entonces no se ofreció ni caro ni barato a la Academia, porque nadie conocía

su paradero y nadie lo intentó falsificar para lucrarse con su fingimiento oportuno, ¿cómo ahora que se nos ofrece de balde, como os acabo de contar, y con todas las señas mortales de autenticidad manifiesta, hemos de aceptar como posible una maravillosa falsificación llovida en realidad de los aires, sin otro objeto, como hemos visto, que legarlo gratuitamente a las salas de un modesto Museo regional, y, por último, a la Academia, rechazando, lo mismo antes que después, sus más espléndidas proposiciones?

Además la pintura, fuera de algún ligero repinte como todo cuadro antiguo en general, tiene el esmalte de los años, la pátina infalsificable de la antigüedad y las grietas del *craquelado*, cosas todas que no se imitan ni falsifican infaliblemente por nadie. La tabla es del estilo y del carácter de todas las tablas de su época. El traje y la edad concuerdan con las fechas de la vida y del tiempo del gran autor. Todos los pintores y todos los críticos que lo han visto están acordes en que es un retrato que está tomado directamente del *Natural*. Los letreros son de la letra y caracteres que se usaban generalmente en la época para inscripciones en los cuadros. El *Don*, que a primera vista repugna, parece una *contraseña* cuando se reflexiona después, y la firma de *Jaurigui* en vez de *Jauregui*, acusa un conocimiento perfecto de las vicisitudes ocultas hasta hace poco del nombre del traductor del *Aminta*, que sólo lo posee la verdad y algún erudito eminente, demasiado ilustrado, y como tal, al corriente de estas minucias literarias, para meterse a vulgar falsificador, en cuyo caso hubiera omitido el *Don*, única dificultad aparente que nos presenta el retrato.

Como en breve saldrán a luz dos trabajos en que se

examina y tritura esta leve dificultad con documentos de la época a que se refiere el retrato, no es cosa ahora de insistir en la irregularidad de este *Don* que, unido esta vez al *Jaurigui* de la firma, constituye a los ojos del pensador el sello auténtico de la verdad, que ni se cuida de apariencias, ni rehuye dificultades, como quien obra sin miedo, pues tiene en la realidad la explicación de los hechos más natural y sincera.

Un hábil falsificador acaso hubiera firmado *Jaurigui*, pero hubiera omitido el *Don* aplicado a Miguel Cervantes Saavedra. Un vulgar falsificador tampoco hubiera pintado el *Don*, pero hubiera escrito *Jauregui* con todas sus letras. Sólo la verdad firma *Jaurigui*, porque ese era entonces el nombre real del pintor, y extiende a Cervantes el *Don* que llevaban su madre, su mujer y su hija, con leve y común infracción de desobedecidas pragmáticas de otros tiempos, y con que quiso honrar a su retratado famoso, en su juvenil entusiasmo, el ilustrado pintor, adelantándose a su tiempo, en signo de estimación y como tributo de respeto al héroe de la espada y la pluma, que se complacía en inmortalizar en la tabla con sus pinceles por sus hazañas en Argel y por sus glorias en Lepanto y por la fama y celebridad de su inspiración en las páginas de sus escritos inmortales, que ya se escribía por entonces con motivo de un *premio* alcanzado por la fácil musa de Cervantes en un certamen en Zaragoza, que como *Apolo de Delo:*

"Miguel Cervantes llegó
tan diestro, que confirmó,
en el certamen segundo,
la opinión que le da el Mundo,
y el primer premio llevó."

No, para los que hemos oído describir el montón de hacinadas tablas y lienzos con retratos que adquiría por adquirir en sus continuos viajes de ropavejero arqueológico y artístico, en ferrocarril, en coche, a caballo y a pie por toda España en general, y principalmente por Sevilla, el originalísimo dueño de la colección donde ha sido hallada esa tabla por el actual donador, y hemos oído describir el denso velo de petrificada basura que embadurnaba los mal unidos tableros y el grueso espesor del polvo que se amontonaba en sus bordes detenido y acumulado por el saliente del marco medio podrido, hasta el punto de no distinguirse las letras que una vez limpias aparecen con el *craquelado* corriente de toda la tabla en general; los que hemos palpado la buena fe con que el poseedor del retrato se negaba a admitir como valor apreciable en oro o billetes del Banco, el valor, meramente *literario,* según él, del *parecido* de un retrato, que no había sido pintado por Velázquez, ni por el Greco, sino por un *Jaurigui,* que ni siquiera había oído nombrar, y, por lo tanto, lo notorio de su escaso valor *artístico,* y, por lo tanto, *comercial,* de la tabla, por donde tenía que considerar como una *indelicadeza* lucrarse de una manera desmedida por un *dato más* respecto a las facciones de Cervantes; los que todo eso hemos presenciado coronado por el triunfante desinterés del que se ha salido con la suya de regalarlo de valde, rechazando antes y después el precio o la recompensa que le queríamos poner en la mano, no podemos menos de reirnos y de encogernos de hombros cuando se nos habla, en son de revelación de misterios desconocidos, de las estratagemas reinantes para hacer pagar sumas exorbitantes al Louvre por la Mitra de *Thi-*

safernes, o en Alemania por el Leonardo de Vinci, que tanto han dado que decir.

No, ni el donador ha podido falsificar el retrato, ni el dueño de la colección amontonada donde se halló adormecido en el polvo, ni nadie que lo quisiera explotar ni presentarlo, cuando todos se afanaban por encontrarlo para la edición de la Academia. Lo que ha debido suceder con ese retrato es lo que está pasando todos los días: Muerto Jauregui, el retrato fué pasando del estudio al pasillo, del pasillo al sótano o la guardilla, de la guardilla al *rastro*, y del *rastro* al antro del colector.

La ignorancia y el polvo encubrieron su extraordinaria importancia, y como tantas otras joyas, como las coronas de Guarrazar, por ejemplo, llegó un día en que un simple rayo de luz, cayendo por misteriosa disposición de lo alto sobre el esmalte de una letra, puso en los labios de la humanidad el *Eureka* con que alborotó la ciudad el sabio de Syracusa al revelar al mundo el principio del peso específico de los cuerpos, chorreando el suyo por las calles y plazas de la ciudad el agua fría de su baño.

Pero aparte de todas las razones expuestas y de otras que omito por brevedad relativas a la erudición arqueológica y literaria y a la crítica histórica y artística y hasta técnica de las artes de imitación que saldrán pronto a luz, suscritas por respectivas autoridades en la materia, quedan aún soberanamente en pie dos aspectos transcendentales de la autenticidad del retrato ante los cuales es preciso o cerrarse obstinada y ciegamente a toda luz de la verdad, ó rendirse ante la evidencia triunfante.

El primero es la evidente e infalsificable sinceridad con que brota por todos sus poros la tabla la identidad

absoluta de este retrato evidentemente tomado del natural con el retrato descrito por la mano misma de Cervantes.

Escuchad, escuchad todos vosotros los que me oís, al incomparable escritor retratándose con la pluma, y puesta la mano sobre el corazón, decidme si no os parece el retrato como la copia fiel de un espejo.

Habla Cervantes y dice:

"Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies, éste digo que es el rostro del autor de la *Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*... Llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra.„

¿Queréis ver ahora lo que acabáis de escuchar?

Ahí lo tenéis: ¡contempladlo! ¡Contemplad, contemplad ese rostro como de águila caudal, hecha a hender las nubes de los cielos para remontarse a lo alto y cernerse a plomo sobre la mar revuelta de la humanidad en el mundo! ¡Contemplad esa frente tersa, noble, despejada y serena, en que parece que campean como en la abierta arena de un palenque preparada para el brillante torneo todas las ideas madres que agitan e ilustran al hombre elevándole sobre las alas del genio, sobre todos los horizon-

tes de la ciencia y la historia! ¡Contemplad esos ojos claros, abiertos, penetrantes, alegres, en que a la luz que despiden sus apacibles miradas se ven pintadas en sus pupilas todas las escenas del cuadro palpitante de vida de la realidad, iluminado por el sol radiante del ideal encendido en los cielos azules de su alma! ¡Contemplad esa corva y modelada nariz, indicio de una naturaleza audaz, enérgica, indomable, capaz de los heroísmos de Lepanto y de Argel, y ajena, en medio de las gracias más picarescas de gitanas y de rufianes, a las torpes sensualidades de los inmorales escritores del Renacimiento italiano! ¡Contemplad esa boca en que se adivina callada, discreta y como feliz una sonrisa escondida entre las huellas y las ruinas de la vejez como un alegre nido de amores oculto en un hueco del tronco añoso y carcomido de un corpulento roble secular!

Sonrisa que se presiente, más que en los labios, en la risueña placidez de su apacible semblante en medio de su natural gravedad, y lo que es aún más admirable, en medio de todas las habituales contrariedades de la pobreza incesante y de la eterna mala suerte del poeta envidiado y desatendido, del soldado sin recompensa digna a su extremado valor, del cautivo oprimido, aherrojado y vendido por la traición y la doblez, del pretendiente desahuciado y del agente perseguido y encarcelado y excomulgado además; sonrisa como de alegre y serena contemplación del espectáculo festivo de las deformidades reinantes, porque no destila hiel el corazón envenenado por los odios implacables de raza, de posición, ni de clase, ni de todo otro fermento de envidia y saña social, y todo lo ve en su cerebro, no perturbado por el error de las doctrinas

antisociales, como finalmente armonizado en una síntesis superior por alta manera optimista que sus creencias cristianas, acordes con su alma generosa española, han encendido en su sér y se han impreso en su semblante, iluminándole con la luz de la paz del alma de los justos, e imprimiéndole el sello augusto de la bondad natural, y cercándole con la aureola de la honradez manifiesta, y ciñéndole con la diadema de la santa conformidad, que brillan esplendorosas ya en su fulgor, y más aún, realzadas por la luz de la llama del genio, que arde inextinguible en su frente, enseñándole la diestra omnipotente de Dios que crea, mueve y preside la Historia para la libre realización de su plan, que es el reflejo de su bondad en el esplendor del Universo.

Y este es, señores, para mí el último y más soberano aspecto, la más clara y decisiva señal de la autenticidad del retrato. He oído decir que Cavia, apenas vió la fotografía, hubo de exclamar: "Este es, sin duda posible, el retrato de Miguel Cervantes Saavedra. Así fué, así tuvo que ser el autor del inmortal *Don Quijote*, que ni fué ni pudo ser de otra manera.„ No he podido yo comprobar la veracidad de esta cita, pero no puede menos de ser verdad dada la inteligencia y los conocimientos de Cavia en la alta materia cervantina, y si no lo hubiera dicho Cavia el primero, lo han solido decir después todos los demás a quienes he tenido el honor de hacer contemplar este retrato, hasta el punto de ser esa la expresión vulgar, general y corriente que he oído escaparse, como una revelación de la conciencia nacional, de los labios de todos los que lo han visto.

Y es que, señores, verifícase aquí, por soberana ma-

nera, un fenómeno psicológico, a la vez que artístico, de toda suerte hondo, universal y sublime, en que conviene fijar nuestra atención por un momento.

Sin remontarme a las cumbres de la erudición filosófica, todos sabéis que la *Idea*, esa suprema y transcendental realidad de las revelaciones platónicas, se identifica al fin con la *Forma*, ese gran principio sustancial de las demostraciones aristotélicas: ¡Los dos polos eternos de la verdad científica que se unen en el luminoso ecuador de la Filosofía perenne!

Por donde resulta aclarado el misterio antropológico de la fisonomía moral transparentada a su manera y en cierto modo en la fisonomía material que forman los rasgos característicos del semblante. Por eso, sin caer en los excesos de frenologías absurdas, de organicismos extravagantes, ni de determinismos monstruosos, se da como verdad reconocida por todos que el signo formal, adecuado y propio de la idea encarna en el rasgo material de la fisonomía, caracterizándola, como abreviada síntesis del cuerpo sustancialmente informado por el alma en unidad de sustancia y de naturaleza del compuesto que nos da la unidad acabada y perfecta de persona.

Así, el modo propio y habitual de pensar, de sentir y de querer un alma se refleja como en un espejo de cristal en los rasgos fundamentales de la fisonomía, que tiene tanto como de física de moral.

De aquí que el lector asiduo de un pensador, de un novelista, de un poeta, se vaya formando sin querer, al calor constante de su lectura, algo como su fisonomía moral, y hallando en el fondo artístico de su coloreada imaginación los signos apropiados de las ideas, los encarna

en rasgos materiales de las facciones fundamentales de su rostro, y se halla, sin saber cómo ni por qué, poseedor inconsciente de su retrato.

Este ideal aproximado, formado a la larga y sin querer, que se cierne ante las miradas involuntarias del alma como un símbolo espiritual de ideas y sentimientos, hechos carne y sangre en sus obras, imprime profundamente en la conciencia el sello propio y adecuado de su augusta personalidad, y cuando ante la placa interior, impresionada por el fantasma evocado por la fantasía del palpitante seno de sus obras, se aparece el original en forma viva o de retrato, la identidad salta a la vista, y la conciencia satisfecha exclama sin poder contenerse: "Ahí está.„

Por eso, cuanto el escritor sea más grande, más profunda la obra maestra en que encarnó las facultades potentes de su genio y las ideas y sentimientos con que las desarrolló al vuelo constante de sus alas, más honda y más profunda será la huella de su alma en sus obras, el retrato será más fiel, el ideal más acabado y perfecto, el fenómeno más universal, como más universal el experimento, y cuando el original aparezca, no será ya el grito aislado y personal del lector solitario de su escritor favorito el que resuene, será la voz tonante y colectiva del coro general hondamente impresionado por la esplendorosa y radiante aparición de su ensueño, palpitante de vida y de realidad, la que ensordecerá los espacios con el clamor irresistible, avasallador, dominante, que da irrefragable testimonio de la verdad, con la sentencia definitiva: "Ese es„.

Y como el genio del gran Cervantes es propiamente

colosal y su obra maestra, obra tan vasta como profunda y tan elevada como grande, la huella que deja su lectura en las almas tan honda como universal y sublime, así como todo el universo civilizado tiene vivientes y animados en la imaginación los tipos perfectos y acabados de Don Quijote y Sancho Panza sin haberlos visto jamás, más que descritos por Cervantes, así todos tenemos dibujado en el alma el tipo noble, apacible, sereno, bondadoso, inteligente y genial que tiene por fuerza que ser Cervantes, descrito y pintado por él con la misma pluma con que pintó á Don Quijote y á Sancho, pero además grabado con el inmortal buril de su inspiración en el estilo que como dijo Bufón "es el hombre„, estilo que esplende en las páginas de oro y de luz de sus obras, que nos lo dan como es, en su espíritu luminoso y gallardo que se traduce y se refleja en la noble e inteligente expresión de su rostro, que desde el fondo oscuro de esa tabla parlante nos está gritando: "Yo soy„.

Por eso no pudo ser jamás aceptado como retrato formal, definitivo y auténtico, el retrato convencional, el retrato provisional, el retrato puramente suplente que usurpaba, por ausencia del verdadero y perdido, la pública representación del insigne Manco de Lepanto; y por eso, al aparecer el que veis, como en epifanía esplendente, todos le reconocemos a una y ya la conciencia nacional le saluda con una salva de aplausos dejándose oir, escapado de los ya dilatados pechos de los apasionados del numen, de la vida y del gran valor del esclarecido Cervantes, el ¡ah! de satisfacción de la necesidad satisfecha y de la pasión aquietada por el gozo de la fruición en el bien soñado y querido que buscábamos anhelantes.

Sí, ¡ya están colmados nuestros anhelos! ¡Ya sabemos cómo fué el gran ingenio español! ¡Ya podemos ostentar al mundo el retrato del gran Cervantes! ¡Ya tiene España conocimiento del rostro del Príncipe de sus ingenios! ¡Ya puede saborear la humanidad el semblante del autor insigne del *Quijote!* Porque gracias a la Providencia divina podemos ya tranquilamente decir: "Este es Cervantes *de verdad*, no sólo en sus signos personales característicos y auténticos, físicos, intelectuales y morales, y en los antecedentes literarios, arqueológicos e históricos y técnicos del retrato; es todavía más, es el Cervantes soñado, imaginado, presentido, el Cervantes como debía y como tenía que ser para no defraudar nuestros anhelos, no desacreditar nuestras profecías y colmar cumplida y sobradamente nuestras fundadas esperanzas!; pero es todavía más: es la confirmación real y práctica de una alta, transcendental y misteriosa doctrina que por lo elevada y lo profunda une y abarca en síntesis soberana lo más sublime de la ciencia con lo más sublime del arte, por lo que viene a ser esa tabla como la personificación de una doctrina antropológica que se dió como en nadie, en Cervantes, lo que avalora hasta lo inapreciable la posesión nacional del retrato auténtico del genio y del héroe de nuestra Patria.

Para probaros esta tesis fundamental y manifestaros esa doctrina transcendental en extremo, me habéis de permitir que me eleve a consideraciones más altas, ajenas al parecer al asunto que ventilamos; pero ¡tal es la grandeza de la cuestión que se encierra en la expresión moral de los rasgos físicos del gran ingenio, gloria aclamada por toda la humanidad como gloria de la literatura universal

a la vez que de la literatura patria y como gloria del heroísmo español y, por lo tanto, del heroísmo humano, en la historia de los invencibles y espirituales poderes de la racional voluntad!, con lo que se unieron en uno en la persona de Cervantes los dos más acordes o más discordes elementos, según los críticos respectivos de las dos opuestas tendencias en la historia y la literatura novísimas, de los caracteres fundamentales de su *obra maestra* y de su *vida trabajada,* simbolizadas y contenidas en su personalidad inmortal.

Conocéis la literatura informada por el *Quijote*; sabéis que al lado y detrás de la festiva narración de las aventuras del caballero andante de la Mancha se agruparon, como la luminosa estela de un astro, en una inmensa constelación miriadas de comentarios literarios, artísticos, científicos, históricos y sociales, aun sin mentar los especiales de todo género de disciplinas humanas. Este fenómeno no se explica sin una causa universal, sin una causa central, sin una causa original de todas las causas secundarias y de todos los efectos visibles en el orbe de las artes y de las letras. Y esta causa no puede ser otra que la solución transcendental y sublime y eminentemente armónica entre lo real y lo ideal que da la realidad hecha fábula y la poesía hecha historia, al misterioso enigma de la vida, que encierra la clave misteriosa y total del secreto de los destinos humanos, inmortalizados en las dos figuras ideales, y tan simbólicas como reales, llenas de vida y de verdad, de Don Quijote y Sancho Panza.

Porque ese es el secreto también del poder mágico del arte, que, transfigurando los seres singulares, sin perder su individualidad, en seres colectivos y universales,

sin dejar lo reales por lo simbólicos, los convierte en personalidades vivientes, encarnando en los accidentes de la vida real, en los huesos y en la carne y la sangre, en las costumbres y hasta en los pelos y señales de cada tipo particular las ideas, creencias, sentimientos y voluntades de cada raza, de cada época, de cada clase y de cada región, elevándolas, sin perder el sello de su propia individualidad, a la categoría casi divina de arquetipos universales, que en vez de ostentarse como mitos o símbolos alados o como frías abstracciones sensibilizadas en alegorías flotantes, viven, comen y beben en plena y total comunidad en el juego libre de la vida, vestidos y arreados con el jubón y con las calzas, con la montera o con el casco, y cuando no con la bacía inmortal, caballeros sobre el rocinante y el rucio, como personalidades vivientes y como personificaciones inmortales de una idea y de un sentimiento hechos fuerza, hechos alma y hechos acción en el drama sublime y transcendental de la vida que representa la humanidad en la Historia, realizándose por inefable manera por el poder de la diestra poderosa del genio algo parecido a lo que propiamente realiza la diestra omnipotente de Dios cuando al *fiat* de su palabra creadora hace brotar de la nada seres inteligentes y libres, espirituales y animados, distintos en sus caracteres individuales de la muchedumbre de los demás, y tipos, sin embargo, genéricos de una raza, de una época o de una gente, creados como para llevar a cabo, simbolizándolos, una empresa, una creencia, una significación, una tendencia, un movimiento, en suma, una bandera que oriente a toda la errante humanidad en el rumbo por los oscuros horizontes de sus ignorados destinos, como

aconteció en Cervantes por Dios, y como aconteció por Cervantes en Sancho Panza y Don Quijote.

Y cuando la personificación es fecunda, cuando es completa y natural y se manifiesta con arte en la escena real de la vida, ostentando la opulencia de la verdad con todas las galas del ingenio, como sucede en el *Quijote*, entonces la compenetración es tan honda, tan viva y tan ideal, que ante la acción sencillísima que embelesa el ánimo con sus gracias, parece como que se olvida la indagación intelectual del problema, que es la solución del enigma fundamental de la vida, sin ver que estamos de lleno en él, y que, como el sol en los cielos, es él el que está dando luz, calor y vida al conjunto de toda la naturaleza creada que se anima y juguetea a sus rayos sin darse cuenta tal vez de dónde procede el vigor que la alegra y la vivifica.

Si el *Quijote* fuese sólo, en verdad, un alegato pintoresco contra los libros de caballería o las aventuras grotescas de un pobre enfermo y de un patán, por divertidas que fueran estarían casi olvidadas y no hubieran fijado la admiración del linaje humano en la Historia. Pero el idealismo Quijotesco y el idealismo Pancista, no menos fantásticos y quiméricos uno que otro en verdad, hacen de Sancho y Don Quijote en tal manera las personificaciones vivientes e inmortales de dos ideas madres y de dos eternos sentimientos eternamente contrarios y eternamente llamados a combinarse, que se comparten los ámbitos de la Ciencia y los dominios de la Historia y cuya solución de concordia, de armonía y hasta de unidad, latente y palpitante en las páginas de oro del *Quijote,* se adivina y se puede decir que se ve en la contemplación del rostro

pintado ahí, del autor insigne de la obra que tiene encantada y como fascinada á la humanidad desde los primeros instantes de su aparición en el Mundo.

Sin ser fanático especialista en materia propiamente cervantina, esa ha sido siempre para mí, y así lo llevo manifestado en mil partes, la clave del mérito inmenso y del éxito fenomenal del *Quijote*, como la fórmula feliz artísticamente sublime concretada en dos creaciones gigantes del problema más hondo y transcendental de la Ciencia y de la Moral en la Vida, en la Naturaleza y la Historia, problema que viene a ser como el secreto de la Ley suprema de la Cristiandad y como la clave de la fuerza fascinadora de ese Retrato.

Me explicaré lo más rápida y concretamente posible: ¡que aquí es el caso de exclamar, parodiando al poeta cuando prorrumpía en una ocasión análoga pero menos oportuna que la presente, en aquel célebre verso que se ha aprendido de memoria la humanidad!

"*Felix qui potuit rerum cognoscere causas*„

Homo sum et nihil humanum a me alienum puto, dijo felizmente un día y no lo ha olvidado la posteridad, el clásico latino, y este interés siempre vivo, es la clave del hondo afán y del gran empeño con que pugna incansable la humanidad por penetrar en el arcano de sus misteriosos destinos, observando con creciente y conmovida atención las peripecias de toda acción culminante en la vida de los más típicos personajes en la Historia y en la Novela para inquirir la solución que da la realidad en las cosas o la idealidad en el genio.

Hay en este problema un misterio que intriga y pertur-

ba sobremanera a todo el humano linaje, durante todo el curso de su historia. Parece el eterno enigma propuesto por la eterna esfinge en el desfiladero de la vida a todos y cada uno de los hombres que marchan a la cabeza de la humanidad por las regiones del pensamiento: El espectáculo desolador inexplicable y constante del mal triunfante en la vida con su eterno cortejo, el dolor, sembrando a su paso la desesperación con la diestra del infortunio.

Todos los dogmas orientales, dualistas y maniqueos; todas las herejías occidentales, gnósticas, albigenses y pseudo-místicas; todos los pesimismos, monistas y agnósticos contemporáneos, no reconocen otra apariencia en su abono, que ese espectáculo tristísimo, abrumador y evidente. El suicidio en lo singular, el Nirwana en lo colectivo, el anonadamiento del sér y la adoración de la nada en las sectas de la antigüedad, y el aniquilamiento individual y el aniquilamiento cósmico en las escuelas de la edad moderna, no han obedecido a otro fin que al eterno de sustraerse por el anonadamiento absoluto al negro tormento del vivir que nos condena al insoportable e inacabable suplicio del dolor irremediable y eterno, pérfidamente entretenido, sostenido y perpetuado en la vida por las engañosas apariencias del placer, cómplice infame del dolor en el interminable calvario de la existencia.

Ante esta horrenda consideración que hasta parece a primera vista que abonan en parte, con sus dogmas y sus recuerdos, las religiones más elevadas sin exceptuar el cristianismo con la rebelión de Luzbel, con la caída de Adán, con el mundo antiguo sin Dios, con la idolatría y la esclavitud, con el Diluvio Universal y, por último, con el Deicidio, consideración agravada con la contemplación

de todas las horrendas catástrofes que registra horrorizada la Historia, de todos los conflictos crecientes que nos ofrece y presenta en sus variadas luchas la vida y en los tremendos cataclismos y apocalípticos trastornos que nos predicen y anuncian, o casi mejor nos intiman, los oráculos terroríficos de las ciencias experimentales contemporáneas, ya en las blasfemas negaciones de la próxima barbarie social, ya en la inevitable disolución a que caminamos veloces de la rotura de los orbes y de la dispersión de los mundos, se levantan, es cierto, las consoladoras y luminosas consideraciones más altas, de la bondad del Creador, como causa y como fin del Universo creado, y la Sabiduría y la Providencia de Dios, que solo permite el mal para su ordenación conveniente al bien más alto y más grande, por su omnipotencia absoluta que supo ordenar las tinieblas al esplendor de la luz, el silencio a la armonía del canto, los potros y los tormentos de la tiranía a los heroísmos de la virtud y hasta el hediondo estiércol de las cuadras y las letrinas a la más espléndida fragancia y al más opulento color de las flores de los jardines.

Pero siempre en uno o en otro caso, pero sobre todo en el último, surge imperante, como veis, ante la mente del pensador, el problema impuesto por el hecho de conciencia irrefragable en el hombre, que atestigua y proclama su libertad a despecho de todos los fatalismos, tanto teóricos como prácticos, y de todos los criticismos, escepticismos y agnosticismos aparentemente triunfantes en la realidad y en la ciencia; porque ya sea el optimismo absoluto, opuesto a la infinita omnipotencia de Dios, ya sea el optimismo relativo que armoniza los dos extremos,

ya sea el pesimismo desgarrador, inclemente, sin amor y sin esperanza, ¡el mal, la ineludible presencia del mal, se nos aparece como triunfante en la Naturaleza y la Historia!, y dados los hechos de conciencia de la razón y la libertad que se levantan potentes reclamando sus fueros imprescriptibles, el problema se nos impone apremiante exigiéndonos su inmediata resolución en todos los instantes de la existencia.

Y como el enlace es fatal de unos con otros sucesos, precisa sistematizar la solución definitiva para todos los casos presentes y para todos los casos futuros. Hay que adoptar un criterio de voluntad y de acción para no consumirse entre dudas horribles por lo impotentes, entre la imprudencia cobarde y la temeridad imprudente, lanzándose audaz al irremediable peligro, o sumiéndose en la inacción abatido y desesperado.

Ante una y otra solución, ¿cuál debe y cuál puede ser la conducta constante del hombre colocado inerme sobre la tierra, como en un inmenso anfiteatro, en medio del misterioso taller de una fábrica, cuyo mecanismo desconoce, expuesto al peligro de acarrear un desastre a cada paso que da, a cada cosa que toque en su complicado artificio?

¿Deberá lanzarse al azar en su ignorancia absoluta y en su radical impotencia para ordenar lo que ignora, o deberá refugiarse en la mortal inacción, sofocando en sí toda idea de remediar lo imposible?

En una sola palabra lo podemos ya precisar, gracias al genio creador de Cervantes: en este mundo de galeotes y de pelaires, de arrieros y de venteros, de Tosilos y de Trifaldis, de Maritornes y vizcaínos, de dueñas, doncellas

y pajes, yangüeses y comediantes, encamisados y cerdos, ¿qué vale más ser, Quijotes o Sancho Panzas? ¿dejarnos ir al olor de las ollas de Camacho, de las despensas del Caballero del Verde Gabán, de las cocinas de los Duques y de las alforjas del Rucio, o defender desde Rocinante las pagas del salario de Andrés, libertándole de los azotes, intimar a todos los caminantes que vayan en peregrinación al Toboso y emprender por los aires la empresa de desbarbar a las dueñas? En suma, sacrificarse continuamente a las glorias de defender inocentes y de desfacer los agravios de que está plagado este mundo, para conquistar fama de valientes, de enamorados y de inmortales, o antecogerse al Rucio y darle paz en la frente para huir de toda molestia y trabajo en el encumbrado cargo de Gobernador?

Todos creo que nos hemos sentido *Quijotes* alguna vez y algunas más, también *Sanchos*. No cabe duda. El ser Quijote lleva a la casa de locos en derechura. El ser Sancho debe llevar a los azotes del encantamiento de Dulcinea, al manteamiento de la venta, a la dieta de Tirteafuera y a las vascas del bálsamo de Fierabrás; entre ambos caminos tan opuestos al parecer, y en el fondo tan semejantes, ¿cuál es el que debemos escoger cuando se nos presente apremiante el dilema de la elección?

Y aquí surge triunfante la solución transcendental del problema, o sea la tesis de la libertad. La tesis insumergible en todos los diluvios universales de la ignorancia y del error, de la impiedad y del sofisma. La tesis humana de la inteligencia y la razón. La tesis que, degenerada, envilecida y sofocada por el descenso de la humanidad en los hijos de las hijas de los hombres y las absorbentes pre-

siones de la naturaleza primitiva, se perdió por completo en las religiones de la naturaleza oriental, profundamente panteístas, hasta que fué libertada en la independiente humanidad del genio helénico por su antropomorfismo sublime, y elevada al colmo de su celeste perfección por el divino espiritualismo cristiano. La tesis espiritualista, en suma, que esplende en el cielo del Quijote, vivificando la fábula, y baña en rayos de luz la fisonomía moral de Cervantes, con la visión artística del hombre interior, héroe y genio a la vez, que se transparenta y refleja en los rasgos de su Retrato.

Esta tesis de sobra la conocéis, y no voy a desarrollarla ante vosotros. Basada en Dios como soberana inteligencia por la suma inmaterialidad, y como tal, bondad suma, soberana y perfecta; viva y palpitante en el hombre como sér inteligente y voluntario; de sus facultades racionales y volentes, nace y brota su libertad que, proclamada a voces por la conciencia, es el fundamento eterno de su responsabilidad en la Vida, en la Historia y en la Eternidad, y la razón suficiente de sus culpas y de sus méritos, de sus premios y sus castigos, en todas las fases de su existencia.

Debemos pues, porque podemos, obrar racionalmente, como seres inteligentes que somos, según la verdad que conocemos, por el bien que debemos querer, y estas obras inteligentes, voluntarias y libres serán las causas eficientes del bien o del mal en la vida de cada hombre; del bien o del mal social en la Civilización y en la Historia, y, por último, del bien absoluto final, que ordenan las causas segundas al fin de la causa primera en el presente infinito de toda la Eternidad donde se alcanza el

bien supremo absoluto que consiste en el acto sublime de la inteligencia que contempla la belleza de la verdad y se goza en el amor satisfecho por la posesión de su bien.

Obremos, pues, libremente la obra propia de la razón, obrando la ley de cada orden en el orden natural, y, por lo tanto, divino, en el orden religioso, científico, jurídico, social, económico, artístico y literario, siendo buenos hombres y buenos ciudadanos y buenos creyentes y buenos sabios y buenos artistas, cada uno en su propia comunidad y en el orden en que se clasifica y actúa, y habremos convertido la tierra, si no en el alcázar venturoso de la eterna y absoluta felicidad que nos espera en las alturas del cielo, en el taller espléndido de la virtud, que es el orden en el amor, y, por lo tanto, en la fraternidad universal, que excluye toda obra de Caín entre la familia de hermanos que bendice con su paternal providencia nuestro Padre que está en los Cielos.

Pero ¡ay!, si en vez de los procedimientos racionales de la tesis de la libertad, que es la tesis de la inteligencia y del deber y del derecho en el orden, nos entregamos locos o necios a la sin razón de la vanidad o a la sin razón del egoísmo, que son dos muy semejantes necedades y dos muy parecidas locuras!, entonces, trastornando el orden establecido por la razón, intentaremos redimir al mundo sin ser dioses por el camino de la fuerza, de que totalmente carecemos, o gobernarlo sin ser sabios, por la prudencia (que demostramos al intentarlo que en absoluto nos falta), y puestos ya en los carriles de las cómicas aventuras, más ridículas cuanto más tristes por sus cómicos al par que dolorosos efectos, alancearemos re-

baños de inofensivas ovejas y acuchillaremos pellejos de vino tinto, y embestiremos contra molinos de viento, y retaremos batanes, pagando con nuestro cuerpo el botín de tan gallardas campañas, o nos daremos a pretendientes eternos a gobernadores de ínsulas baratarias sin temores de tirteafueras, asonadas y sinsabores, y a vuelta todos los días con follones o malandrines, con gigantes y encantadores, con duendes y con demonios, con jabalíes y con cerdos, tan sólo conseguiremos volver a nuestras aldeas más flacos y despeados y molidos, sin haber conseguido otro fin de nuestros generosos intentos y cómodas perspectivas que doblar los azotes en las espaldas abiertas de nuestros protegidos, como Andrés el desventurado, y escuchar la sentencia que los fulmina implacable contra las posaderas de Sancho para desencantar a Dulcinea, encantada por nuestra propia malicia y nuestra rústica simplicidad, con risa y escarnio de todos.

Esta y no otra, es la profunda y altísima moralidad que entraña en su sentido íntimo el *Quijote*, encarnado en la alegre y fecunda vitalidad de sus carcajadas inmortales.

Por eso he lamentado de veras, que no haya faltado en la región serena de la ciencia y la erudición quien extraviado por las apariencias exteriores haya creído que Cervantes, con haber escrito para desterrar los libros de caballería solamente, había dado el golpe más allá, hiriendo a la verdadera caballería mortalmente en el corazón con el arma envenenada del ridículo. Y yo no puedo menos de protestar contra esta equivocación que, aun con hallarse sostenida por espíritus superiores, no es menos falsa que la de aquellos otros alucinados que sueñan viendo

en las páginas del *Quijote* un sentido exotérico, en que se ataca con vigor al Sacerdocio y al Imperio, a las Órdenes Monásticas, a la Política Española, defensora en todos los palenques del Mundo de la Fe Religiosa, de la Libertad Cristiana, de la Iglesia de Dios y de la Civilización Europea, contra el Fatalismo y la Esclavitud de la Protesta y del Turco.

No, todo es precisamente al revés, y esto explica mejor que por otras maneras la contradicción aparente que se ha hecho solemnemente notar entre el escarnio de los libros de caballería andante, ridiculizada en el *Quijote*, y el espíritu y la vida profundamente caballerescos del autor. La caballería cristiana de la Edad Media es la antítesis de la caballería fantástica y mitológica de los libros de caballería. La caballería cristiana fué como el heroico y generoso suplemento del Poder social triturado por el feudalismo. Era como la religión de la fuerza puesta al servicio del honor y de la virtud, desarmados por el sexo y la edad y consagrados por la inocencia y el infortunio; era lo opuesto al egoísmo, a la inercia, a la cobarde complicidad con la tiranía del mal triunfante; era el valor en defensa de la razón, del derecho y de la ley. Y los caballeros de los libros de caballería son el hombre usurpando los atributos de Dios y los poderes de la autoridad para sus desafueros sociales, ennoblecidos a veces artísticamente por la pasión, pero no justificados jamás con la razón por altas necesidades humanas.

Y lo mismo debemos decir por eso de Don Quijote, que se había propuesto imitarlos. Que una cosa es empeñarse en redimir al mundo sin títulos y sin medios, con

esfuerzos ridículos por lo impotentes, como Don Quijote, o caer en el otro extremo de esconderse como el ratón en el queso, pretendiendo encerrarse en el seno de un cómodo, aunque contraproducente egoísmo, como el pancista gobernador Sancho Panza, y otro llenar, heroicamente si es preciso, cada uno su respectivo deber en el orden en que le ha colocado la Providencia, para que del concierto de cada uno en todos los órdenes particulares resulte el *Orden Universal*, aunque parezca estéril nuestro individual sacrificio, porque Dios, que rige y preside la Historia sacará de él, como de todo lo demás, el bien final que se propuso su Providencia.

Esta caballería, salvo la diversidad de las armas, siempre es posible, siempre es real y siempre es ideal ciertamente. No es anacrónica jamás y, por lo tanto, nunca es ridícula, y ésta es la que por modo negativo en su obra y positivo en su vida realiza, y exalta hasta lo ideal el gran espíritu de Cervantes.

Y sin duda por eso sólo se ha podido decir por alguien que el *Quijote* es el "último libro de caballería„, tomado este título paradógico en el sentido de un equívoco transcendental, y por eso, señores, se ha escrito por el sabio autor extranjero que desentrañó como nadie la esencia histórica de la verdadera caballería, que Cervantes había sido "uno de los mejores caballeros del mundo„. Y a la verdad, cuando uno recuerda al soldado enfermo de Lepanto arrojándose obstinadamente del lecho, donde le tenía clavado la enfermedad, para reclamar el punto de mayor peligro en el combate, cayendo después de una lid mortal herido y desangrado por dos arcabuzazos en el pecho y otro en el brazo izquierdo que le estropeó la

mano, sin que fuera posible hacerle retirar de la lucha hasta que el griterío de los cristianos,

"con alta voz de vencedora muestra
rompiendo el aire, claro el son mostraba
ser vencedora la cristiana muestra."

¡Mientras!

"A esta *dulce* sazón; yo, triste, estaba
con una espada de la mano asida
y sangre de la otra derramaba.
El pecho mío de profunda herida
sentía llagado, y la siniestra mano
estaba por mil partes ya rompida."

Y cuando uno reflexiona que esta gloriosa cicatriz le fué echada en cara como una *vergüenza* por el émulo robador del asunto del Don Quijote y que el pobre Cervantes, sin gloria y casi sin recompensa y falto del uso de la mano se ufanaba humilde y modesto con su pérdida, prefiriendo haberla perdido en aquella gloriosa ocasión a no haberse hallado en ella!; ¡cuando uno recuerda la epopeya verdaderamente caballeresca y heroica de su cautiverio en Argel!, donde en medio de la estrechez y los rigores de su prisión, concibió y estuvo a punto de llevar a cabo los proyectos más arriesgados para la libertad de todos sus compañeros y hasta para el alzamiento y conquista del temido reino de Argel!; ¡cuando uno medita en sus cuatro o cinco tentativas de peligrosa evasión, malográndose una de ellas por no querer libertarse solo, dejando en el cautiverio al resto de los conjurados!; ¡su presentación voluntaria, en su obsequio, contra los ruegos de todos, al Rey Azan, que le había amenazado con empalarlo y desollarlo vivo, si intentaba por nueva vez evadir-

se!; ¡su caridad, sus servicios, sus energías, su valor en bien de todos los esclavos cristianos, que llegaron a despertar en los moros que le tenían cautivo sentimientos de admiración que le salvaron la vida a pesar de que según decía uno de ellos: "como tuviese bien guardado al estropeado español, tendría seguro su capital, sus cautivos y sus bajeles„!, todo ello, visto al detalle en los papeles del tiempo, ¡causa tan vivo asombro y tan profunda admiración que no se sabe decir lo que más embarga y suspende; si su heroísmo en luchar, si su heroísmo en sufrir, si su heroísmo en persistir en la empresa, si su heroísmo en la abnegación por sus desgraciados compañeros, si su heroísmo en soportar con serena resignación, más que el mal trato de los moros, las delaciones cobardes de los infames renegados y de los traidores amigos y las dilaciones oficiales para allegar su rescate! Espectáculo todo él triste, desconsolador y sombrío, en que sólo brilla un dulce rayo de sol: la caridad cristiana y activa de los Padres Redentores de la Orden de la Santísima Trinidad, á quien debe la España el *Quijote*.

Pero todavía me admira más que esos episodios brillantes de la vida gloriosa de nuestro héroe que al fin y al cabo son hazañas que llevan en su grandeza su premio, la odisea triste, oscura y vulgar del alma del gran Cervantes por entre las mezquindades y miserias de la tierra a vueltas con las pasiones más ruines y las impurezas más torpes de la prosaica realidad.

Porque si bien lo recordáis, Cervantes fué el héroe, aunque modesto y humilde, modelo en la lucha eterna social de la pobreza y el ingenio a vueltas con las inclemencias de los cielos y de la tierra. El cautivo desventu-

rado de Argel, el soldado estropeado de Lepanto fué también, además del malogrado paje de un Cardenal y del preterido poeta, por los cortesanos de un gran señor, en la corte literaria de un Virrey en uno de los paraísos de Italia, el triste y asendereado recaudador de contribuciones y alcabalas (como quien dice el aborrecido publicano), prisionero cuatro veces en las cárceles de Andalucía; escomulgado sin culpa por haber obedecido, como no podía menos de obedecer, órdenes superiores; procesado y preso en Valladolid por humano y caritativo, y por las torcidas intenciones y por la mala voluntad de un Alcalde de corte; miembro cariñoso y providencia particular de una familia desventurada, y, por último, poeta del hambriento Parnaso español. Su pobreza, su necesidad, su desdicha, su rectitud y hasta el esplendor de su genio, le pusieron, en su vida aventurera y vulgar, en doloroso contacto con todas la espinas sociales; y si pudo lograr un nombre puro y respetado como firma adecuada a la obra augusta que escribió, fué porque como genio eminentemente español y cristiano, supo no dejarse llevar de *Quijotismos* ni *Pancismos*, sino de arrestos valerosos sin ridícula temeridad y de prudencia sin egoísmos cobardes, porque la inteligente razón de su espíritu fuerte y sano, le mostró en la escondida senda de la verdad y la virtud la solución acabada del problema humano, reinante en el orden de la razón, de la voluntad y de la libertad, que acatan y respetan la ley, cumplen valerosamente el deber, ejercitan serenamente el derecho y se conforman, más que se resignan, con el resultado final; porque el autor inmortal del inmortal *Don Quijote*, había sabido comprender, lo volvemos á repetir, que Dios rige con su Provi-

dencia la Historia, y que según la fórmula más profunda del mayor orador de la edad moderna, sólo sabe lo que hace el que obrando a todas horas el bien, respeta profundamente en sus actos el curso natural y lógico de las cosas, pues tarde o temprano, por secreta y misteriosa disposición de la Providencia divina, y por la vía más propia y más feliz, las cosas pasajeras sirven al triunfo de las permanentes, y acaban, a pesar de sus resistencias, por caer rendidas en los brazos de la verdad.

Y esta verdad tan irreductible, tan sublime como profunda, que desconoció Don Quijote en su exaltación caballeresca anacrónica y Sancho en sus ambiciones desmandadas y escuderiles, la tenía presente Cervantes y palpita latente en el corazón de su obra, y se refleja como el sol en las aguas tranquilas y transparentes de un lago azul, en la serenidad apacible de su verdadero retrato, donde en medio de su natural gravedad se presiente, y como se adivina la satisfacción oculta del placer que experimenta su ingenio ante la *vis cómica* con que se presenta a sus ojos la graciosísima invención que hace inmortal al *Quijote* como sátira transcendental, no de la antigua y heroica caballería cristiana de la Edad Media, sino de su grotesca caricatura y de su torpe falsificación en los extravíos de la literatura corriente.

Y este es el punto culminante de la tesis que estoy desarrollando, señores, y el apretado nudo de toda mi argumentación y el lazo de oro que une estrechamente a Cervantes con su Vida Heroica y con su Obra Genial y con su Nobilísimo Retrato.

Cervantes fué, por obra y gracia de su inteligencia clarísima, de su firmísima voluntad, de sus nobilísimos

sentimientos y de su ingenio sobre toda manera feliz, tanto en su vida como en sus obras, el *Verdadero* Caballero de la *Verdadera* Caballería, tal como se podía y se debía serlo en España, en el Siglo de Oro de su Historia y en la crisis total del Mundo en la plenitud de los tiempos de la Edad Moderna.

Esta fórmula clara, terminante, precisa, que nos ha dictado su vida y que nos ha confirmado su obra, es la clave maestra, a mi parecer, de la autenticidad evidente de ese Retrato que nos devuelve generosa la Providencia por la noble mano del desinterés, por la diestra autorizada de la Ciencia y del Arte, en plena luz meridiana de la más abierta publicidad y con el aplauso unánime de toda conciencia y de todo corazón español.

Y mientras no se demuestre que es un miserable (hasta por lo gratuito) falsificador el noble y generoso donante, unos ignorantes y unos necios los críticos cervantinos más ilustres y los arqueólogos y los artistas y los técnicos más renombrados de nuestra Patria, y una sandez el dicho en que resume el poeta los oráculos de la experiencia y de la ciencia y hasta de la religión, afirmando en verso fácil y popular

"Que el rostro es del alma espejo„

ahí se quedará inmóvil en su *evidencia* triunfante, como se quedó Don Quijote, sin que lo perturbasen presuntuosos y fingidos Avellanedas, y como se quedó la pluma de Cide Hamete Benengeli, colgada, no ya por luengos siglos, sino para siempre, de su inmortal espetera, porque los pinceles de Jauregui pueden gritar orgullosos a los malandrines que los desmientan:

"Tate, tate, folloncicos;
de ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen rey,
para mí estaba guardada.„

¡Que ese fué el premio que la Divina Providencia concedió al entusiasmo y al respeto del inspirado poeta y pintor juvenil que quiso honrar las paredes de su morada con la imagen tomada del natural del héroe y del genio, que acaso tuvo que adornarse con las prendas personales de su pintor para no aparecer en toda su desnuda pobreza al pasar a la posteridad con el *Don* que, haciendo justicia á sus merecimientos y a su nobleza de hijodalgo, le otorgó sin duda por admiración, el que quiso inmortalizar los rasgos nobilísimos del genio y del héroe de su nación y de su tiempo, quizás exagerándolos un poco para acentuarlos mejor, legando así a la humanidad, sin saberlo, en las asperezas de una tabla el reflejo físico de la grandeza moral del Príncipe de los ingenios españoles y el secreto que tanto había de anhelar descubrir la humanidad: el verdadero rostro del autor famoso del *Quijote*.

Y si alguien pretendiera que el fundamento moral es un ilusorio fundamento que no vale lo que un *recibo* o un *papel*, más fácil de falsificar que las pinceladas de un cuadro, y aun de servir de ejecutoria a un error o, por mejor decir, a una mentira, a mí me basta alegar, para deshacer ese cargo, con el testimonio de Homero, de Aristóteles, de Platón, de Hipócrates, de Galeno y de todos los sabios de la antigüedad que fundaron el arte y la ciencia de la *fisiognomía*, en que tanto sobresalieron Avicena y Alberto Magno, con la autoridad de Santo Tomás en su admirable doctrina de la individuación personal,

(sin mentar a los autores modernos, desde Labater hasta Campers, autor de las observaciones sobre el *ángulo facial*, y los demás *frenólogos* y *criminalistas* contemporáneos, que se corren aún más allá de lo que consiente la meta), lo que ya nos había revelado la religión por los labios del autor de los libros de la sabiduría, movidos por la divina inspiración del mismo Espíritu Santo:

"*Sapientia hominis lucet in vultu ejus.*„

"La sabiduría del hombre brilla y se refleja en su rostro.„

Esto es: los caracteres elevados, vastos y profundos del alma se reflejan y se transparentan en los rasgos característicos de su cuerpo, señaladamente en su rostro como abreviada síntesis de su sér.

Y si en el cuadro de las lanzas vemos todos la cortés afabilidad del vencedor con el vencido, en el rostro y el ademán del Marqués de Spínola triunfante; si en el rostro y la acción del Conde Duque de Olivares vemos todos la vanidad aparatosa y de oropel del favorito arrogante que no conoce más batallas que la pintada en su lienzo; si en la mirada y los labios del Cardenal retratado por Rafael estamos leyendo el nombre de un renaciente italiano compatriota de Maquiavelo y contemporáneo de los Borjas, y en el *Bobo de Coria* y en el *Niño de Vallecas*, de Velázquez, vemos la *tontería* satisfecha y la indiferente *idiotez*, y en el rostro inolvidable de la *Monalisa*, de Vinci, se descifraba el enigma de los misterios recónditos del corazón de una mujer con la clave de su mirada y su sonrisa; ¿qué tiene de particular ni de extraño que todos reconozcamos el alma del inspirado autor del *Quijote*, que tan claro se

nos ha manifestado en su vida y en sus obras, en esa tabla y ese retrato que nos está gritando, vuelvo a decir, a toda voz:

"Yo soy Cervantes„

como nos lo grita Carlos V desde los lienzos del Tiziano, Felipe II desde los cuadros de Pantoja, Felipe IV desde las telas de Velázquez y Carlos II desde los retratos de Carreño, que no nos lo dicen tan sólo con los Letreros de los Marcos y los Números de los Catálogos, sino con la voz augusta de la Historia que señalando sus acciones, hijas de su voluntad y de sus ideas, de sus temperamentos y pasiones nos grita que *así fueron porque así tenían que ser,* tanto el César invicto, en los Alcázares de Toledo y sobre las márgenes del Elva en los campos de Mulberg, decidiendo de la suerte de la Cristiandad en lucha á muerte con el Fatalismo de Lutero; como el fundador de El Escorial sosteniendo el poderío español en todos los ámbitos del Universo alumbrados por nuestro Sol; como el Coronado ingenio de esta Corte distrayendo sus cuidados y sus penas en el Retiro y en el Pardo; como el enteco y hechizado Augústulo de la dinastía de los Austrias en que se transparentan, y como que se ven los estertores de la agonía de nuestro poder como si el cadavérico rostro del Monarca fuera el rostro moribundo también de los destinos de su raza! Que es ley humana suprema y universal impuesta por la Naturaleza a la Realidad, a la Historia, a la Ciencia, a la Literatura y al Arte, que el Símbolo encierre y constituya en su forma más sustancial los caracteres transcendentales de la idea que sig-

nifica, y que la Idea sea el Alma de la Realidad y que la realidad no sea sólo la Materia, sino el Espíritu que la informa, y que como Forma, la vivifica, la actúa, y, por lo tanto, le da Ser.

Lo mismo el sér de la afirmación que el sér de la negación, sea la pujanza, el apogeo y la grandeza de un imperio, sea la inmutabilidad de una fe, sea la firmeza inquebrantable de un carácter y de un propósito, sea la debilidad de un temperamento gastado, sea la decadencia y la degeneración enfermiza y la debilidad impotente de un organismo arruinado que aceleradamente se extingue; cuanto más si es el sér sano, equilibrado y sereno que escogido eternamente por Dios en el tesoro de las ideas divinas como una esencia inmortal, opulenta y aparejada para iluminar la marcha de la humanidad en los desiertos de la vida, recibe el sér de la existencia de las manos del Creador y con ella toda aquella positiva y apropiada potencialidad que actuada por los heroísmos de su vida en la medula y en el esplendor de sus obras, entrega su rostro con sinceridad a los pinceles de un pintor, que va trasladando a la tabla los rasgos y los caracteres que ve, tal vez sin sospechar que lo que copia no es la frente, ni la boca, ni los ojos, ni la nariz, sino el sello del espíritu que los anima y que deja su huella corporal en la tabla, legando a toda la posteridad en ella el retrato de un cumplidísimo caballero cristiano, de un hidalgo y de un soldado español, de un héroe y de un genio a la vez, del Príncipe de los Ingenios Españoles, en fin, como le llamamos nosotros; del *¡Autor del Quijote!*, como le llama, asombrada, la humanidad.

Y eso es, señores, lo que, contando con vuestra gene-

rosidad e indulgencia, me he permitido presentaros, aunque creí que con mayor fortuna, esta noche. Pero no hagáis caso del marco de la presentación y fijáos sólo en el Retrato, porque es al cabo y nada menos, por Dios! ¡¡¡el *único retrato de Cervantes* que poseemos!!!

Saludemos, pues, señores, a una con entusiasmo y con respeto esa tabla, de cuyo oscuro fondo se destellan los rayos de luz que alumbran el asombro y el regocijo de toda la humanidad; los rayos de oro de los claros cielos de la patria y el fulgor esplendoroso y radiante del genio inmortal español.

Saludémosla hoy, que se nos aparece de pronto como símbolo de nuestras glorias, como ejemplo a nuestros hijos y nuestros nietos, como esperanza y consuelo a nuestros ánimos entristecidos, pues si hemos perdido nuestro inmenso imperio colonial y se nos disputa a pulgadas la posesión del continente africano, a despecho de tanto esfuerzo y de tanta sangre derramada en los dos, para redimirlos y civilizarlos, todavía en el mundo conocido, conjurado contra nosotros, no se pone el sol en los dominios que rige, sino el blasonado cetro de oro de los antiguos Monarcas españoles, el radiante cetro de luz que empuña el autor invencible de *Don Quijote*.

Saludémosle, pues, en su retrato como lo acaba de saludar el Presidente de una república hispano-americana, que se quitó el sombrero con veneración para contemplarle con respeto, en los salones de la Academia, saludándole como a rey del habla de su raza y su gente, como a numen de la inspiración universal y como gloria de la Metrópoli, madre de todas las colonias emancipadas que piensan, hablan, cantan y rezan en la que todos llama-

mos a una, con tanto orgullo como emoción, la *Lengua de Cervantes.*

Y puesto que toda la humanidad nos lo celebra y nos lo envidia y sigue tributando a su obra, cada vez más, el homenaje universal de su sonora carcajada, elevémosle a la adoración de la humanidad ostentándolo como en su templo en su tabla en el palacio elevado a la lengua por la Nación.

Desde allí... ¡quién sabe los altos y transcendentales destinos a que puede ser llamada algún día esta tabla que es hoy solamente un *blasón* y que mañana podrá ser tal vez un *talismán!* ¡como el único retrato original del augusto Monarca de la lengua en que sólo pueden entenderse y comprenderse todos los hijos del Cid esparcidos por la diestra providente de Dios por los ámbitos de dos Mundos!

Respetemos los secretos juicios de Dios y los inescrutables arcanos de la Historia, pero alegrémonos con júbilo nacional español porque, como si fuera anuncio de mejores días y auroras de un nuevo Sol para los horizontes de la Patria, el sepulcro ha devuelto su presa, lo que creíamos irremisiblemente perdido ha sido recuperado, y todos los españoles, como todos los demás humanos vivientes, podemos ya contemplar a nuestro sabor el verdadero semblante del *Príncipe de nuestros ingenios*, elevado ya por obra y gracia del Plebiscito Universal de todos los literatos del Mundo á Soberano Emperador de todos los ingenios de la Tierra!

545394
LS
C419
.Ypid
Cervantes Saavedra, Miguel de
Pidal y Mon, Alejandro
El retrato de Cervantes. nueva ed.
DATE.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED